



LO QUE SOBRA.

CEREBRO bien construído, corazón sano, espíritu entusiasta y vehemente, acostumbrado á ver deslizarse su vida entre los esplendores de una naturaleza libre, de un cielo inmenso, de un ideal sin mancha; haciendo del honor, de la libertad, de la justicia y del progreso dogma cerrado é inabordable; enemigo de sinuosidades, de componendas, de distingos y transacciones; considerando la verdad y el bien como el

único fin de la existencia humana y la línea recta como el solo camino para obtener la una y realizar el otro, Pablo llegó á Madrid con la cabeza llena de ilusiones y el bolsillo vacío de dinero.

A su espalda quedaban el hogar tranquilo, la madre cariñosa, la niña que, al convertirse en mujer, le había entregado su corazón, los árboles gigantes bajo cuya bóveda verdosa é inquieta se había sublimado la conciencia del joven para transformarse en inflexible, bien así como se dilata primero y se petrifica después la conciencia del creyente bajo las bóvedas graníticas del santuario; allí quedaban asimismo los campos silenciosos y fértiles surcados por la reja y mostrando á través de los surcos prodigios de fecundidad; las flores, los arroyos, la montaña robusta, el viento franco, el horizonte dilatado, todo lo que es luz, armonía, grandeza: lo que dignifica el alma y fortalece la voluntad.

Enfrente de Pablo alzábase la populosa villa con sus calles múltiples, con su atmósfera densa é impura, con su cielo oscurecido por el vaho de cien industrias y de quinientas mil respiraciones; cielo mezquino sobre el cual se destacaban como otras tantas manchas, ya la pizarrosa techumbre de una torre, ya la sutil aguja de un campanario;

allí se descubrían también la multitud agitada por contrarias pasiones, los sueños del pensador, las codicias del ambicioso, las impudencias del vencedor, las amarguras del vencido: todo lo que es lucha, fiebre, sufrimiento y fatiga; lo que destruye la conciencia y quebranta el espíritu.

A Pablo no le arredraron estas imágenes, que aún se dibujaban confusamente para él. Tenía mucha juventud y mucha inexperiencia en el alma.

—«En mi cerebro hay ideas, en mi corazón hay energía—se dijo.—Debo aprovecharlas, no tanto en mi obsequio como en obsequio de los demás. ¿Existen injusticias sociales, poderosos que oprimen, débiles que sufren, derechos que se violan, libertades que se cercenan, aspiraciones que se ahogan?»

»Pues bien, no importa; yo lucharé con la pluma, con la palabra, con la acción si es preciso, para que las injusticias se remedien, para que los poderosos caigan, para que los débiles alcancen amparo, para que los derechos se cumplan, para que las libertades se impongan, para que las aspiraciones nobles se realicen. Y como la causa que voy á defender es justa, todos se apresurarán á abrirme camino, haciéndome un hueco en el libro, en la prensa, en el discurso, en todas partes....

Arrostraré las iras del fuerte, pero recabaré el auxilio y el aplauso del oprimido y llegaré á ser grande, no por mí, sino por la grandeza de mi misión.»



Juntamente con las fantasías de su imaginación, con las nobles ambiciones de su espíritu, veía el joven reflejarse en el fondo de sus pupilas ardorosas y francas una cabecita llena de inocencia y bondad que le aguardaba sonriendo, imagen dichosa á la cual consagraría todos sus triunfos y todos sus laureles.

—Eso pienso, eso quiero, eso he de alcanzar— me dijo al presentarse á mí.—¿Verdad que no me equivoco?

No le respondí nada. Desengañarle hubiera sido empresa loca; desalentarle, proyecto criminal. Tratábase de un hombre esperanzado en su obra, seguro del éxito, dispuesto á no ceder ante el peligro. Quería luchar. Yo estreché su mano y permanecí inmóvil aguardando las consecuencias de la lucha.

Lucha espantosa, contienda siniestra de lo grande con lo mezquino, de lo justo con lo injusto, del derecho con el hecho, de la verdad con la impostura, de la generosidad con el egoísmo; guerra implacable, donde no se combate cuerpo á

cuerpo, porque el enemigo se oculta, parapetándose tras una muralla de preocupaciones, de temores, de respetos cobardes, de humillaciones vergonzosas; emboscada silenciosa y cruel; caza á la espera; lazo terrible tejido con el desprecio, con la burla, con el desdén, con el silencio, con la miseria y con el hambre, donde los combatientes del ideal son cogidos como fieras salvajes y se retuercen tan angustiada como inútilmente, suplicando los más, rugiendo los menos.

¡Cuántas decepciones surgieron en el transcurso de aquella lucha frente á las esperanzas de Pablo! Yo le he visto más de una vez con las cuartillas delante y las manos sobre la frente combinar en su pensamiento críticas acerbas contra reconocidas injusticias, argumentos valiosos en obsequio de tal ó cual derecho cercenado, en oposición de tal ó cual sinrazón ó atropello. Le he visto levantarse de su asiento y decir: «Esto es justo, esto es noble, esto es bueno. Yo encontraré quien haga públicas las manifestaciones de una conciencia honrada, quien me preste asilo para proteger al débil y arrojar los anatemas de la razón sobre las iniquidades del poderoso.»

Le he visto hacer eso, y he visto también cómo llevaba el artículo á uno y otro periódico, que lo

rechazaba, no porque fuese injusto, sino porque agredía la inmunidad de este ó de aquel personaje importante, con quien no era útil indisponerse; he visto cómo depositaba el libro en manos de un editor, que no lo admitía por tratarse en él de problemas sociales, de deficiencias humanas, de crímenes colectivos, apuntando á la vez remedios para las unas y castigos para los otros, hechos que, según el editor, no importan á nadie. He visto deshacerse una por una las esperanzas de Pablo sin encontrar una mano que las brindase ayuda, sin obtener más que el silencio ó la negativa como respuesta de sus gigantescas aspiraciones.

He visto eso y he visto más. He visto cómo aquel hombre se hundía poco á poco en la más horrible de las miserias, llorando de impotencia y de angustia en el rincón frío de una buhardilla sin luz, y he visto debatirse con rabia, entre privaciones y desprecios, aquella inteligencia poderosa, aquella honradez cortada á pico, que la sociedad se había encargado de minar por el cimiento.

Aún recuerdo una tarde en que Pablo refería sus desgracias á mí y á otro sujeto, inteligente, á no dudarlo, pero burlón, escéptico, de alma gangrenada y conciencia flexible. Un hombre

práctico, como por ahí se dice, el cual, sonriendo á Pablo con irónica compasión, le dijo:

—Usted tiene la culpa, amigo mío. Usted y nadie más que V. ¿Quién le manda á V. meterse en libros de caballerías? ¿Tiene V. talento, inspiración, condiciones excepcionales? Pues no las dedique á favorecer utopías lejanas, sufrimientos colectivos; no la emplee V. contra el fuerte, porque el débil, no sólo no ha de favorecer á V. sino que tampoco le pagará con su agradecimiento. Nada de eso. Ponga V. su inteligencia al servicio de quien se la pague; utilice sus actitudes en medrar á costa de todo, y así conseguirá V. ser aplaudido y respetado. De lo contrario no alcanzará V. nada, ni siquiera el que sus libros se lean. No han de publicarlos: inéditos quedarán, para solaz y entretenimiento de ratones, en el último rincón de su buhardilla.

—¿Quién, yo, yo he de hacer eso?—respondió Pablo.—¿Yo he de faltar á los deberes que mi conciencia me impone? ¿Yo he de vender mi cerebro como una mercancía acomodaticia á todos los gustos y á todas las infamias? ¿Yo he de renunciar á mis proyectos, á mis ideas de justicia, de virtud y honradez? ¿Yo he de hacer todo eso? ¡Yo!

—O morir de hambre y de humillaciones en el fondo de la buhardilla. Ese es el dilema —repuso el contrincante de Pablo con voz seca y amarga.

Pablo no dijo nada, y abandonó el café, pálido, convulso, vacilante, como si hubiera recibido una puñalada en el corazón.

.....

Cinco años estuve fuera de Madrid, olvidado por todos y olvidado de todo también. ¡Ser olvidado y olvidar! Si eso resultara posible siempre, sería un hecho la felicidad del hombre en la tierra.

Pero no es posible; y yo, empujado por la marea social que lleva y trae á los seres contra sus deseos, contra sus voluntades, contra sus decisiones, regresé á Madrid, y en Madrid encontré lo que se encuentra en todas partes después de una ausencia: algunos amigos de menos y algunos desengaños de más.

No hace mucho tiempo, al atravesar una calle, hubo de llamar mi atención un carruaje que, arrastrado por dos caballos de buena sangre y de mejor precio, se dirigía á mí. Al verme un sujeto elegantemente vestido que dentro del carruaje venía, hizo parar éste y corrió á mi encuentro.

Tardé buen rato en reconocerle. Era Pablo. No

áquel Pablo lleno de juventud, con mucha franqueza en la frente y mucha honradez en los ojos, sino un hombre pálido, envejecido, de gesto burlesco y mirada astuta.

—¿Eres tú?—le dije.

—Sí—repuso él.—¿Te extraña verme así? Pues la explicación resulta fácil. Ya lo ves, he ganado en fortuna, en reputación, en caudal, en crédito, en todo. Soy un hombre importante, respetado, temido. ¿Sabes lo que he necesitado para conseguir todo esto?

Y al ver que no le contestaba, añadió con acento nervioso en el que vibraba una desesperación profunda:

—Sólo he necesitado perder una cosa: la vergüenza.

